

LA VOZ, LOS PIES Y LA EDUCACIÓN DE LA MUJER ENTRE DOS CULTURAS

Mary E. Farrell
Universitat Jaume I. Castelló

Introducción

Hace poco, al sentarme en la antesala del podólogo, escuché una conversación entre dos mujeres lujosamente vestidas. Ocurrentes, hablaban de la edad, de su edad, ¡que había que aceptarla con buen humor! ¿Qué se podía hacer a los sesenta y nueve, sino confesarlo? Empezaron a charlar acerca de los pies. Desde luego, las jóvenes ya no llevaban zapatos elegantes. ¿Cómo pretendería vestirse para su boda una joven que andaba por todas partes en zapatillas de *sport*? Ellas mismas debían de haber atrapado maridos bien situados, sobre todo por lo que demostraban su pobres pies deformes.

Esta anécdota me recordó la malformación impuesta a muchas mujeres chinas pre-Mao. Me surgieron imágenes esbozadas muy hábilmente por Pearl S. Buck (Premio Nobel de Literatura, 1938) en las novelas que yo devoraba de joven. También me vino a la mente la imagen de una mujer mayor, paseándose por el zoológico de Chicago hace muchos años. Estaba apoyada en sus dos hijos, como si fueran muletas. Ella era incapaz de pasear sola debido a sus pies tan reducidos por las vendas de antaño. En efecto, de aquella excursión no recuerdo otra cosa. Fue entonces cuando comenzó a fascinarme la vida de las mujeres chinas, cuya existencia a nadie parecía interesar.

Hoy en día vemos en ocasiones reportajes clandestinos, sobre la suerte infeliz de niñas y jóvenes chinas. En este país inmenso –seguramente, el país que dominará el siglo XXI– la mujer ha ganado terreno en todos los sentidos, desde 1949 con la República Popular China. Sin embargo, hay mucho camino por recorrer hasta que sea valorada como persona dentro de la sociedad en general.

No hablaré aquí de la mujer china en su país, sino de las experiencias de una china-californiana que hace veinte años sacó al mundo editorial un nuevo sub-

género de autobiografía. Después de hurgar en las bibliografías en español y en catalán sin éxito, ni los bibliotecarios ni yo encontramos el libro traducido ni al español, ni al catalán... Así pues, me dedicaré a compartir con ustedes mi lectura de *The Woman Warrior* (*La mujer guerrera, Memorias de una niñez entre las sombras*).

Maxine Hong Kingston, nacida en 1940 en California, de padres de un pueblo de Cantón, nos ofreció un libro algo extraño dentro del género autobiográfico. Es un libro socio-autobiográfico que reúne historias y relatos personales, familiares, políticos y folclóricos, en una especie de *collage* literario.

Como autobiografía entendemos la historia de la vida de una persona contada por ella misma. Este tipo de historia, como cualquier otro, se basa en una selección de verdades. En este sentido diríamos que la autobiografía no se considera ficción. No obstante, todos sabemos que el mero hecho de contar, de relatar, implica el hecho de escoger y de elaborar sobre lo escogido. Por eso, quizás, tenemos la maravillosa posibilidad del diálogo interior. Pasamos la vida componiendo arreglos e interpretaciones de nuestra vida y de la de los demás.

La autobiografía

Estrictamente, el género denominado autobiografía, según Linda R. Williams en *The Twentieth Century* (p.101),¹ se puede agrupar en tres solapados sub-géneros: «1. La confesión espiritual; 2. Las memorias; y 3. La novela autobiográfica». Williams nos proporciona ejemplos de cada apartado: en el primero tenemos a San Agustín (345-430 n. e.), que describe su conversión al cristianismo con grandes dosis emocionales, sin descripciones factuales de otros acontecimientos. En cuanto a «las memorias» –recuerden que Maxine Hong Kingston subtitula su libro «memorias de una niñez entre las sombras»– Williams nos explica que este modo de escritura proviene de la extensa costumbre epistolar de la Francia del siglo diecisiete. Desde el siglo diecinueve hasta ahora abarca gran número de temas con muy distintos enfoques. Aparecen memorias de la vida intelectual, de la artística, de la política entre muchas otras. Como ejemplo de la novela auto-

¹ Todas las citas son traducciones de la autora de este artículo, salvo donde se indica otro traductor.

biográfica, Williams nos habla de *Jane Eyre* (1847), de Charlotte Brontë. Podríamos añadir numerosos ejemplos más.

Las letras estadounidenses están repletas de autobiografías de toda índole desde sus inicios, dada la importancia de la necesidad de observar, examinar y explicar el significado de la vida en un nuevo mundo. En especial, los puritanos ingleses del siglo XVII dieron gran importancia a la expresión autobiográfica. En ella encontraron un modo adaptado al diálogo implicado en su particular relación con el Dios que se revelaba a través de la Biblia. De alguna manera este género sustituyó al sacramento de confesión de los católicos.

A continuación, durante el siglo dieciocho, Benjamin Franklin recoge este hábito de examinar la conciencia para proponer su vida de trabajo e ingenio como modelo del hombre del Siglo de las Luces. Desde entonces, la costumbre autobiográfica ha ido extendiéndose hasta hoy día. Proliferan múltiples enfoques sobre las formas de escribir una vida, tanto en prosa como en poesía.

Lo nuevo en este campo de escritura, que ha estado fraguándose durante los últimos veintitantos años, radica en algo más que la experiencia propia y cronológica. En este reciente estilo autobiográfico se incorporan experiencias vividas al límite. Incluye en el campo de la letra escrita; mejor dicho, publicada, fragmentos de las vivencias entre las fronteras marcadas como la norma, o lo normal, para la visible mayoría. Este género recuerda a los lectores que existen personas con otros posibles parámetros, y no sólo los exigidos por el sexo, lengua, raza, y economía.

En su libro *La mujer guerrera* (1975) Maxine Hong Kingston prepara un nuevo espacio para la reconstrucción de la memoria. La memoria a secas suena a pasado. Pero, la memoria somos nosotros ahora. Kingston se atreve a inventar una biografía, ordenada en bloques. Los interrelaciona, a veces por ambigua asociación, otras por visibles paralelismos, aportando aspectos de su propia vida, de la de su madre, de sus tías, su familia, su clan, y el hecho de ser una Han. Crea un espacio para poder construir una nueva arquitectura literaria dentro del relato de la historia sociopersonal. Insytituye un subgénero distinto de los ya existentes, al menos en inglés.

Maxine Hong Kingston escribe una autobiografía titulándola «memorias», como si de un gran hombre de estado se tratase. En ella proporciona un retrato, efectivamente, de las dos culturas que fueron suyas. Las pone en tela de juicio.

¿Cuál escogerá?: ¿la del poder tradicional chino aposentado en la jerarquía de la familia, o el modelo americano –sobre todo el californiano de entonces– del poder del individuo sobre sí mismo, y por añadido, el control de sus circunstancias?

Encontramos aquí leyendas coincidentes con sugerencias de vidas apagadas, y por consiguiente, capaces de convertirse en posibles ficciones. Encontramos diálogos cotidianos y mentiras protectoras. Conocemos la vida en el *ghetto* chino de San Francisco. Experimentamos el peso de los recuerdos de una antigua China que en realidad estaba dejando de serlo desde hacía años, pero que seguía dificultando la vida diaria de una niña alejada de ella histórica y geográficamente.

Nuestra autora escribe la biografía de una cultura dentro de otra. Cuenta cómo ella vivía prendida por las dos. Utiliza este ejercicio para recordar y, sobre todo, para reflexionar. A medida que escribe, se descubre a sí misma para nosotros y para ella. Por medio de la escritura trata de entender el significado de cómo se formó, y quién es. Este libro, en gran medida, es una operación cognitiva. Nombra, describe, forma conceptos y desarrolla una nueva actividad creativa. De ahí surgen nuevos encuadres para el pensamiento futuro.

En el fondo, este libro es el retrato de una saga de mujeres guerreras. La madre de Kingston resulta la más tremenda de ellas con su hábito de hablar-historias. Esta madre, entrenadora de otras luchadoras, se esconde detrás de una especie de duplicidad irritante. Nos deja, también a los lectores, perplejos entre la tolerancia y la aceptación de nuestras formadoras, madre y cultura. Es una escritura exploratoria, no de definición. No define. Busca. Deja que la yuxtaposición de historias y experiencias nos invite a meditar, a intentar, a entender, y, a la larga, a ser más amplias de espíritu.

La mujer guerrera, el libro

Para Maxine Hong Kingston esta aventura de encontrar una voz para permitirle poseer una propiedad móvil, su mente, y unos pies para darle movilidad física, nos puede llegar a intrigar. A continuación indicaré la estructura del libro. Consta de cinco secciones asimétricas. Forman entre todas un libro completo (aunque cada sección podría ser un relato aparte). Al final vemos que la autora nos

ha tejido una especie de macramé, para retomar su propia imagen referente a los hacedores de nudos: «Si hubiera vivido en China, hubiese sido una hacedora de nudos fuera de la ley» (WW: 163).

La primera sección, «Mujer sin nombre», rescata de la muerte el fantasma de una tía suicida; la segunda «Tigres blancos», nos aporta la leyenda de Fu Ma Lan, una guerrera del folclor chino; la tercera, «Chamán», nos aproxima a la historia de la madre de Kingston, Orquídea Valiente; y la cuarta: «En el palacio de occidente», reproduce el choque frontal entre los recuerdos que Orquídea Valiente tiene de la vieja China de hace treinta años y el deseado reencuentro con su hermana, recién llegada a California desde el Hong Kong moderno. Es un capítulo trágico y divertido a la vez. La última sección, «Una canción para una flauta bárbara», cierra el libro con una paz conciliadora, aunque incompleta.

Tres pequeñas: boca, mentón y pies

La historia occidental también contaba, como vimos en la anécdota de las dos mujeres en la sala de espera, con unos atributos de belleza que castigaba sistemáticamente el cuerpo y la mente de la mujer. Sara F. Matthews, en su capítulo «El cuerpo, apariencia y sexualidad» (*Historia de las Mujeres*, 73), cita a Morpurgo, que en *Le costume de la femme*, de 1536, confeccionó una lista de treinta perfecciones femeninas, entre ellas las «tres pequeñas: boca, mentón y pies». De todos estos elementos sólo hay categorías de tamaños y colores, ninguna relativa ni a la inteligencia, ni a la sabiduría.

Entonces no nos debe sorprender que los siglos de costumbres, restringiendo la idea que las mujeres deben tener de sí mismas, dificulten la búsqueda de una voz y la libertad de desplazamiento. Maxine Hong Kingston se angustia por su voz, una entre generaciones de voces suprimidas. En «Mujer sin nombre» recupera a una mujer-fantasma que había sido condenada al silencio, inaudible e inexistente para su familia y su comunidad. El uso de los pies, o su movilidad, aparece menos directamente en el libro de Kingston, aunque sí lo menciona. Para la autora, el deshacerse de las vendas equivale a la educación y la posibilidad de caminar por el mundo con una economía propia.

Desde niña, Maxine Hong Kingston, encuentra poca ayuda para saber cómo formar una voz socialmente aceptable ante la cultura pre-Mao de su madre, y escoge la vida californiana de los liberadores años sesenta. Vivía envuelta en un continuo conflicto entre mensajes, a veces obvios, a veces sutiles, de las dos culturas. ¿Cómo podría fabricarse un puente sobre este terrible vacío con la socialización dentro de un marco de expectativas por un lado y la aculturación, por otro?

La falta de voz pública, el silencio, el secreto guardado, formaban los hilos sueltos de la historia de la tía que se suicidó y cuyo nombre fue borrado de la memoria colectiva.

– No debes decir palabra, dijo mi madre, de lo que te voy a contar. En China tu padre tenía una hermana que se suicidó. Se arrojó al pozo de la familia. Decimos que tu padre sólo tenía hermanos por que en cuanto a ella es como si no hubiera nacido. (WW:3)

La madre procede a contar el terrorífico drama de la brutal reacción de los aldeanos, que destruyeron todos los bienes y animales de la familia para humillarla. Esta historia acompaña el momento en que Maxine Hong Kingston comienza su primer período de menstruación. La autora explica que de este modo su madre le proporcionaba su educación.

Cuando tenía que advertirnos sobre la vida, mi madre nos contaba historias como ésta, una historia para crecer. Ella nos ponía a prueba para poder establecer realidades... Gente como nosotros, de las primeras generaciones americanas, hemos tenido que averiguar cómo el mundo invisible que los emigrantes construyeron alrededor de nuestra niñez y juventud podría encajar en la sólida América. (WW:5)

Una mujer, víctima o cómplice de una relación sexual, terminaba su vida tal como mandaba la tradición china: llevó consigo a su hija recién nacida. Al menos así especula Kingston, «Probablemente era una niña; hay alguna posibilidad de perdón para los niños» (WW:15). Esta persona fue silenciada para la posteridad, recordada tan sólo a través de menciones frágiles y fragmentarias, pero aptas para convertirse en amenazas cuando se pronunciaban a tiempo. De entre estos fragmentos, Kingston rescata a su tía: «Hay aún más en este silencio: ellos querían que yo participase en su castigo. Y lo hice» (WW:16).

Durante veinte años, Kingston no se atrevió a pedir detalles acerca de esta

misteriosa tía, este valiente antecedente para ella misma. Jamás pronunció su nombre. Era un acto de bravura recordarla, incluso inventarla a través de su propia historia, *La mujer guerrera*. Es esta fantasma-sombra que domina la primera sección del libro. De este modo Kingston le devuelve su personalidad, su voz.

Además del poder del habla, que proporciona autoridad y existencia, hay que tener en cuenta las cualidades de esta voz; otro escollo para Kingston: ¿cómo iba ella a usar su voz? ¿Qué timbre debería tener? ¿Qué volumen estaría permitido? ¿Cuáles eran las modulaciones adecuadas? Sin saber desarrollar una voz aceptable, no llegaría nunca a ninguna parte en la sociedad americana. Y, por añadidura, tendría que aprender otro modo de andar.

Los inmigrantes que yo conozco tenían voces fuertes, en absoluto moduladas a los tonos americanos, incluso después de años lejos de la aldea donde gritaban sus amistades por encima de los surcos del campo. No he podido nunca detener los chillidos de mi madre en las bibliotecas públicas o por teléfono. Caminando erguida (rodillas rectas, pies paralelos, no con las puntas de los pies torcidas hacia dentro, que es la versión femenina china) y hablando con una voz casi inaudible, me he tratado de convertir en femenina americana. (WW:11)

Estos problemas perduran. Yo tuve la ocasión de escuchar a Maxine Hong Kingston en una entrevista grabada. Efectivamente, su voz se parecía a la de Marilyn Monroe o de Jackie Kennedy, dulce, suave, y pianísima. Maxine Hong Kingston, sin duda alguna, de pequeña, no sabía que este tipo de voz pertenecía a la educación cortesana o urbana, no a la del campo.

El empleo demasiado frecuente de la voz también figuraba como motivo para el divorcio en las tradicionales *Siete Condiciones* de la antigua China confuciana. Un hombre podría divorciarse «Si la mujer desobedecía a los suegros, era estéril, adúltera, celosa, demasiado parlanchina, robaba o tenía una enfermedad incurable» (Botton Beja: 20). Entonces, como consecuencia de todas estas confusiones respecto a la cualidad de la voz y su uso correcto, la niña Kingston optó por el silencio total cuando entró en el sistema educativo formal en América.

En casa, su madre, que había dejado China en 1939 para reunirse con su marido en California, llevó consigo las sombras y los fantasmas de la China aún anclada en sus milenarios hábitos. Nunco dejó de educar a sus hijos con parábolas y cuentos. No habló nunca en línea recta. Maxine Hong Kingston, con su propio pelo blanco, to-

davía vivía envuelta en el hechizo de su madre, hasta que un día la madre se rinde: «Eres tú quien encanta con las palabras», le dice (WW:101). Sin darse cuenta Kingston había sido forjada en guerrera por las dolorosas tácticas de su madre.

En la última sección del libro, la autora nos describe cuán grande era su sufrimiento. Reza un dicho chino que «una lengua rápida es un mal»; por ello tenía la convicción de que su madre le había cortado la lengua por su bien, aunque nunca supo si fue para que hablase con mayor soltura, o para que no hablase. Parece que, en tanto no escribió sobre estas dudas, no fue consciente de hasta qué punto su madre la había estado entrenando. «Si mi madre no mentía, debería de haber cortado [mi lengua] más porque tengo una dificultad terrible para hablar. O, no debería de haberla cortado en absoluto» (WW:164).

A continuación, la autora recita una lista de todas las situaciones, banales para la mayoría, tortuosas para ella:

Cuando fui al parvulario y tuve que hablar en inglés por primera vez, me volví muda. Una mudez —una vergüenza— divide mi voz en dos, incluso cuando quiero decir «Hello», o preguntar la cosa más anodina en el supermercado, o pedir direcciones al conductor del autobús. (WW:165)

Después de esta enumeración, se remonta otra vez a los seis años, cuando empezó el parvulario:

Mi silencio era de lo más total durante los tres años que cubría mis dibujos con pintura negra. Pintaba capas de negro encima de las casas y flores y soles, y cuando dibujaba en la pizarra, tapaba todo con tiza. (WW:165)

En la escuela china, donde iba por la tarde, también la voz le fallaba: «Cuando me tocó a mí, la voz me salió como un animal cojo corriendo sobre patas rotas» (WW:169).

Desde muy joven, Maxine Hong Kingston se quebraba entre los modelos conflictivos que recibía:

Puedes ver el disgusto en las caras de los Americanos mientras observan a los chinos. No es sólo el volumen. Son los sonidos del chino, «chingchong», feo a los oídos americanos; no son hermosos como las palabras sayonara del japonés, con sus consonantes y vocales tan regulares como las del italiano. (WW:171)

Ya algo mayor, en el sexto curso, atormenta a una niña, aún más torpemente

hundida en el silencio que la propia Kingston. En una muestra de poder, superioridad, crueldad y, paradójicamente, de solidaridad, le hace sufrir para que hable. No habla. Peor era su caso que el de Kingston: «todas nos inventamos una personalidad femenina-americana, salvo esta chica que nunca pudo hablar en voz alta, ni en la escuela china» (WW:172).

La voz de Maxine Hong Kingston, finalmente, cobró fuerza por medio de la palabra escrita. Ella se había convertido en guerrera, adiestrada por el espantoso hábito de su madre de «hablar-historias». En los movidos años sesenta la autora consiguió una beca en la Universidad de California en Berkeley. Había decidido que no iba a ser ni esposa, ni esclava. Estaba claro:

Cuando nosotras escuchábamos a los adultos hablar-historias, supimos que habríamos fracasado si sólo nos convirtiéramos en esposas o esclavas. Podríamos ser heroínas, mujeres de la espada... Tal vez las mujeres eran tan terribles que tenían que vendarles los pies. (WW:20)

La descripción ofrecida por Flora Botton Beja en «La larga marcha hacia la igualdad: mujer y familia en China» (1995:16) nos ayudará a entender la denigrante supresión de la libertad de movimiento que fue la suerte de algunas mujeres chinas:

A fines de la dinastía Tang (618-907n.e.) comenzó una moda que duró hasta nuestro siglo y que exigía que las mujeres tuvieran los pies muy pequeños como señal de belleza. Para lograrlo, a las niñas de seis a ocho años, se les vendaban los pies, empujando el dedo gordo hacia arriba y doblando los demás dedos contra la planta del pie. Se apretaban las vendas paulatinamente hasta que el pie ya no crecía más y quedaba totalmente deformado. El sufrimiento que esto ocasionaba a las niñas era terrible y al crecer les impedía moverse con facilidad como si fueran lisiadas. Esta costumbre se generalizó entre casi todas las esferas sociales, duró hasta entrado este siglo y se volvió el criterio de belleza más apreciado, indispensable para hacer un buen matrimonio. (16)

Una versión satírica de esta costumbre aparece recogida en traducción por Mark Elvin en su fascinante artículo «Cuentos de *Shen* y *Xin*». Proviene de un género llamado «país de las mujeres» en donde se invierten los papeles masculinos y femeninos. Citaré sólo el extracto que nos interesa referente a los pies:

El «rey» del país de las mujeres mantiene encerrado en su harén a Lirn el Navegante. Le han vestido con ropas femeninas y perforado las orejas, y unas «doncellas» con bigote le han envuelto los pies en vendas tan apretadas que no le circula la sangre y está casi agonizando:

– Tengo que hacer pis. ¿Sería mucha molestia para vosotros, hermanos, mayores, llevarme abajo a «dar un paseo»?

La respuesta de las doncellas de palacio consistió en traerle un orinal. Al verlo, Lirn comprendió que no tendría más remedio que usarlo. Trató de ponerse de pie. Pero, ¡ay! tenía las vendas de los pies tan apretadas que no podía moverse. A lo más que llegó fue a levantarse de la cama y, sostenido por las doncellas, sentarse en el orinal. (Elvin: 283, trans. de la novela *Monkey*, siglo XIX, de Wur Cherhg'en)

Esta costumbre no afectó a Maxine Hong Kingston directamente. Sin embargo, ella sí que tuvo que esquivar, con todo su genio e ingenio, las iniciativas de su madre al querer buscarle marido. Una chica como ella, primera hija, sin la requerida belleza de la estética china, representaba, obviamente, un problema para la familia. Por ser una simple hembra, no tenía derecho a mucha consideración. Ella y otras muchas chicas oían, demasiado a menudo, frases como: «El dar de comer a las niñas es dar de comer a un pájaro parásito» (WW:46). O: «Cuando crías a hijas, estás criando hijas para desconocidos» (WW:46). Con espíritu rebelde, Kingston gritaba: «No soy una niña mala. No soy una niña mala». Hubiera dado lo mismo decir «No soy una niña», y, con resignación: «Lo bueno de haber nacido mis hermanos, era dejar de oír a la gente que implicaba una desgracia para mis padres» (WW:46).

Con Mao Ze Dong en 1949 y *La ley del matrimonio*, la mujer china goza por vez primera de igualdad ante la ley. Podía rechazar un marido escogido por sus padres. Casarse ya no sería la única salida para no morir directamente de hambre. Kingston, en California, ya había optado por ser ella misma, mujer capacitada por una sólida educación ganada con sus esfuerzos. Kingston emplea un tono irónico, pero es sincera cuando reconoce que la Revolución Comunista había proporcionado a las mujeres, al menos en teoría, no sólo la liberación de restricciones estéticas, sino «un trabajo y una habitación propia» (WW:62).

A pesar de la niebla conceptual creada por su madre a lo largo de su niñez y juventud, Maxine Hong Kingston llega a salir de las sombras llenas de fantasmas. Consigue la libertad de movimiento y de palabra. Al cerrar la sección «Chamán» hace las paces con su madre. De alguna manera vislumbra las estrategias de su madre para formar su personalidad de luchadora.

La lectura de *La mujer guerrera* nos ofrece sensaciones de placer y de dolor a la vez. Confrontamos dudas, y, a veces, como la autora, lo encontramos todo algo confuso. Vivimos el problema de no estar enterados de las reglas de ninguno de los dos sistemas de valores, tanto personales como culturales. Experimentamos el impacto sobre una persona de la dificultad de entender los valores de sociedades tan distintas. W.S. Bainbridge, en *Theories of Value* nos da esta definición, asumiendo que estos valores se perciben tal cual:

Los valores son construcciones morales, que definen cómo las personas deben comportarse en una determinada sociedad, y lo que deben desear. (Asher, 1994:4888)

Maxine Hong Kingston se decidió por los valores de la voz libre, los pies libres, y la cultura aparentemente más franca de California, donde ella había nacido. Optó por un sistema que le permitía un cierto dominio sobre sí misma y sobre la palabra.

Bibliografía:

- BAINBRIDGE, W.S., «Values» pp. 4888-4891 en *The International Encyclopedia of Language and Linguistics*. Vol. 9. ed. R.E. Asher. NY: Pergamon Press, 1994.
- BOTTON BEJA, F., «La larga marcha hacia la igualdad: Mujer y familia en China» pp. 11-43 en *Mujeres en China*. ed. Taciana Fisac Badell. Madrid: Agencia Española de Cooperación Internacional, 1995.
- BUXÓ REY, M^a J., *Antropología de la mujer, cognición, lengua e ideología cultural*. Barcelona: Antropos, 1978, 1988.
- ELVIN, M., «Cuentos de shen y xin: el cuerpo-persona y el corazón-mente en China durante los últimos 150 años», pp. 267-349, en *Fragmentos para una Historia del cuerpo humano*, parte segunda. ed. Michel Feher. (*Fragments for a History of the Human Body*, 1989) Madrid: Taurus, 1991.
- «Géneros Literarios» *Enciclopedia Microsoft Encarta 97*, Microsoft Corp., 1993-1996.
- GRIECO, Sara F. Matthews. «El cuerpo, apariencia y sexualidad» pp. 67-109, en *Historia de las Mujeres del Renacimiento a la Edad Moderna*, Vol. 3. Madrid: Taurus, 1992.
- KINGSTON, M. H., *The Woman Warrior, memoirs of a girlhood among ghosts*. Nueva York: Vintage International, 1989.
- WILLIAMS, L., [ed], «Autobiography», *The Twentieth Century* London: Bloomsbury, 1992.